

compañeros de paseo, quienes tendrían abundante pasto para sus habladurías, una vez convencidos que doña Refugio había preferido á la maroma, el hablar con una cómplice y espía de los ladrones.

De manera que, despidiéndose cariñosamente de Salomé, doña Refugio tuvo tiempo de entrar en su habitación y de recogerse sin ser notada.

Salomé se quedó sola sentada en su lecho, y entregada del todo á sus amargas reflexiones.



## CAPÍTULO XI.

CAE EN PODER DE LA JUSTICIA  
UN PÁJARO DE CUENTA.



la mañana siguiente, Castaños fué el primero que salió de las habitaciones, para respirar el aura matutina, teniendo el indisputable placer de oír el canto de las golondrinas y ver la ordeña, con camisa limpia, pues Castaños no era hombre que descuidara su tocador ni aún en las circunstancias mas difíciles; porque merced á ese refinamiento, según hemos dicho ya, no pasaba día por Castaños; había en la reunión personas que lo

habían conocido con catorce años menos, absolutamente igual á como estaba á la presente.—Castaños «era así».

La curiosidad de Castaños encontraba siempre un objeto en qué fijarse, y esa mañana tuvo algo más que ver, que vacas de ordeña y golondrinas; vió á doña Refugio hablando con un personaje que al pronto no conoció Castaños.

Dejando pendiente su curiosidad, pondremos al tanto al lector, de lo que pasaba entre doña Refugio y el payaso; que no era otro quien en aquellos momentos tenía la palabra.

—Señorita, decía á doña Refugio, me han dicho que tiene usted un negocio conmigo.

—Efectivamente.

—Pues estoy para que usted me mande.

—En primer lugar, ¿me hace usted favor de decirme si es cierto que se llama usted Melquiades?

—Sí, señorita; Melquiades es mi nombre y lo ha sido desde que nací, y estoy bautizado en el pueblo de.....

—Es suficiente, dijo con cierta autoridad doña Refugio y luego continuó:—Supongo que usted en su ejercicio, tiene lo necesario; pero como yo podría hacer á usted un obsequio en caso de que me dijera la verdad en lo que voy á preguntarle, creo que tendría usted la amabilidad de aceptarlo.

—Sí, señorita; y..... puede usted mandar lo que guste.

—Se trata simplemente de averiguar el paradero de un niño, que hará como seis años estuvo en la compañía de que forma usted parte; y en todo caso debo advertir á usted que no le parará en perjuicio cualquiera revelación que pueda usted hacerme sobre el particular, pues no se trata más que de consolar una madre afligida.

—¿Una madre?

—Sí, ese niño tiene madre.

—Nosotros tuvimos un niño, pero no tenía padre ni madre; que es como los necesitamos.

—¿Cómo se llamaba?

—Gabriel.

—Pues el mismo.

—El mismo que?... Pues vea usted, señorita, y yo he de decir la verdad; porque al fin usted es una señorita de respeto, porque... aunque es cierto que nosotros, quiero decir, mi compadre Martínez y yo, tuvimos á Gabriel, pero fué porque él quiso irse con nosotros diciéndonos que no tenía padre ni madre, y el muchacho estaba contento y se le trataba muy bien... ¡Vaya! sobre que yo lo quería como si fuera mi hijo, y nunca se le castigó ni se le hizo nada; pero el muchacho así como vino se fué; y el día menos pensado, adios aprendiz! Y vea usted, señorita, iba saliendo el chico de primera; ¡qué agilidad y qué viveza de criatura! era cosa que ya lo presentábamos en público.

—Pero en fin, ¿usted no ha vuelto á tener noticias de ese niño?

—No, señorita; y lo que es más, no hemos vuelto desde entonces á pensar en eso, porque hay cosas que olvidarlas es lo mejor.

Ya Castaños había llamado á Anita, para comunicarle sus impresiones.

—¿Qué tiene usted que decirme? le preguntó Anita.

—Nada, hija, que vea usted lo que está pasando.

—¿Qué pasa?

—Vea usted hacia el corredor de la izquierda.

—¿Doña Refugio?

—La misma.

—¿Con quién habla ahora?

—Con un personaje que no conozco.

—¡Aguarde! ya sé quien es.

—¿Quién?

—El payaso.

—¡Otra te pego! exclamó Castaños apretándose las narices, para que su risa no fuera una estrepitosa carcajada; ¡el payaso! ¿con que ese es el payaso? ¿pero está usted cierta, hija de mi vida?

—Ciertísima, sí; yo no sé cómo usted no lo ha conocido!

—¡Bravo, bravísimo! Sabe usted, hija

mía, que esta doña Refugio es un personaje muy interesante?

—¡Contrae unas amistades!

—¡Si será doña Refugio demócrata!

—Decididamente se ha propuesto proteger al pueblo; pero no como lo hacen nuestros gobiernos, en masa y por escrito, sinó de palabra é individualmente.

—¡Pues no se ha echado encima mala tarea!

—Le aseguro á usted que entre la ladrona y el payaso, no sé á cual ir.

—Ni yo tampoco.

—¿Si querrá hacer feliz también al payaso?

—Y luego que ni lo ha visto trabajar.

—Yo creo que por eso lo protege; porque si lo hubiera visto anoche, es seguro que ese personaje no sería hoy de su devoción.

—Por lo menos á mí me fastidió soberanamente.

—Pero doña Refugio tiene unas tragaderas, que es de temerse que vaya haciendo amistades con los carreteros y con lo peor, en fin, que pueda darse.

—No; yo creo que hay en todo esto un gran misterio, y si nó, ya verá usted como no le hacen nada á la presa.

—Dicen que anoche presenció doña Refugio las primeras diligencias.

—A mí me han dicho que hasta tomó parte en los debates.

—Es muy posible; ya la conoce usted, que por hablar en público y dar su opinión se sale de misa doña Refugio.

Esta anécdota no tardó en circular en forma de secreto entre todas las señoras, y Castaños, por su parte, tuvo ocasión de formarse corrillos á quienes entregar aquella nueva especie, para pasto de la conversación y solaz de los paseantes; porque según el mismo Castaños decía, alguno había de costear la diversión, y doña Refugio estaba llamada á ser la heroína de la crónica en el viaje.

Se había dispuesto dar doble descanso y doble pienso á los animales, y no emprender la marcha para llegar á la hacienda grande sinó despues del medio día.

Era tal la afluencia de noticias misteriosas que circulaban entre las personas de la comitiva, que Carlos empezó á darles desfavorable interpretación, creyendo que se trataba de su persona.

Redobló su vigilancia, y á pesar del profundo disimulo de Chona y de Salvador, Carlos corroboraba, momento por momento, sus sospechas.

—¡Si todos esos cuchicheos, decía Carlos para sí, tendrán por origen el miserable papel de marido que estoy haciendo!.... ¡Él! ¡Salvador! ¡Salvador traicionarme! pero ya se ve, en París nos reíamos de todo esto; en París proclamábamos en presencia de más de una hermosura, que la felicidad es una quimera y el matrimonio una preocupación; y lo peor es que yo iba adelante, yo comuniqué á Salvador mi filosofía, yo lo induje á no creer en nada, al grado de serle todo indiferente. Qué mucho que ahora practicando mis reglas, me haga su víctima por haber sido su maestro!.... Esto no puede seguir así, voy definitivamente á tener una aclara-

ción con Salvador.... ¡Qué diablos! es preciso que esto tenga un término.

Se dirigía ya Carlos en busca de Salvador cuando acertó á aparecer don Homobono.

—¡Mi señor don Carlitos amigo! ¡qué le dije á usted!

—¿De qué? preguntó Carlos.

—De mis muchachos.

—No comprendo.

—¡Vaya, señor! pues los muchachos que cortaron ayer á los mañosos. ¿No le dije que los fueron siguiendo?

—Sí, es cierto.

—Pues no volvieron; anduvieron toda la noche, y cogieron dos.

—¿De los de anoche?

—¡Pues no!

—¿Y dónde están?

—Ya vienen; *nomas* mandaron avisar.

—¿Y llegarán aquí á tiempo para que los veamos?

—No, señor, han de haber cortado para la hacienda grande, porque los muchachos han tanteado que no nos encontrarían aquí.

—Tiene usted razón, señor D. Homobono; ellos no pueden saber que hemos diferido la hora de la marcha.

—De manera que en llegando á la hacienda les veremos las caras. Entretanto hay lugar de continuar las primeras diligencias acerca de la espía y ya tendremos adelantado todo eso en la causa, que le aseguro á usted, señor D. Carlitos, que va á estar buena.

Doña Refugio logró ver á Salomé á pesar de la incomunicación.

—¿Qué noticias me dá usted, señora?

—He hablado largamente con ese hombre.

—¿Y es Melquiades?

—El mismo.

—¿Y dijo?

—Dijo que tuvo á Gabriel en su compañía; pero....

—¿Pero qué, señora? ¿qué sucedió?

—Que el niño se les escapó y no lo han vuelto á ver.

—Eso no es cierto, no ha de ser cierto. ¿Y qué, no había anoche en el circo algún

niño como de diez años, no había ninguno que pudiera ser?....

—No lo sé. Como usted vió, yo no estuve en el circo.

—Pregunte usted, señora, pregunte usted á todos, si había anoche un niño en el circo.

—¡Ah! ¡si fuera mi hijo, si después de tanto tiempo tuviera, al fin, el gusto de verlo, olvidaría todos mis padecimientos!... pero ya usted lo ve, señora, creo que está decretado que he de llorar siempre sin consuelo; porque cuando se comete una falta como la que yo cometí, no se recogen más que dolores todos los días. ¡Ah! ¡qué dichosa es usted, señora! Estoy segura de que usted jamás ha probado esta desazón, porque si ha tenido usted hijos, habrá tenido el gusto de verlos, de amarlos, de verlos crecer recibiendo sus caricias, contemplando sus gracias y siguiendo paso á paso el desarrollo de sus facultades, midiendo los vestiditos y guardando con placer el que ya no le vino. ¡Ah! ¡qué hermoso ha de ser todo eso, porque ver crecer á los niños es lo mismo que ver

abrirse las flores! ¿No es verdad, señora? ¡Y privar á una madre de ese consuelo, hacerle soñar en esa dicha sin alcanzarla jamás, es el mas cruel de los tormentos!

Doña Refugio había estado oyendo á Salomé, primero con atención, y después con enternecimiento, hasta que acabó por apoyar la frente entre las manos y derramar abundantes lágrimas.

—He hecho mal en hablar á usted así, señora, y temo haber abusado de su bondad; pero es tan nuevo para mí encontrar quien tome parte en mis desgracias, que me sentía con deseos de depositar estas tristes confidencias, esos negros secretos en el seno de una persona que supiera comprender á los que lloran.

—Tiene usted razón, Salomé, dijo al cabo de un rato doña Refugio enjugándose las lágrimas; es un consuelo muy dulce tener á quien comunicar uno sus pesares, y por mi parte debo ser leal: la comprendo á usted, no porque sea yo buena, sinó porque también.... sí, no debo ocultárselo á usted, so-

mos hermanas; yo también he llorado como usted, yo también he devorado esas horas amargas de la desolación y de la desgracia.

—¿Usted, señora?

—Sí; sólo que mis dolores están cubiertos con esta careta que es preciso usar en la sociedad.

—¡Apenas puedo creer lo que usted me dice, señora!

—Pues no hay nada mas cierto; y como no quiero engalanarme á los ojos de usted con virtudes que no poseo, no quiero que siga usted atribuyendo el interés que usted me inspira á un rasgo desinteresado de buen corazón, no; me intereso por usted, porque en mi vida hay, por desgracia, algunos puntos de contacto con los pesares de usted.

—¿Es posible?

—Sí, también he sido culpable, y como culpable, desgraciada.

—¡Ah, señora! usted tal vez se calumnia, y es tanto mas sorprendente para mí esa confesión, cuanto que estaba cierta de que

no había en el mundo quien sintiera lo que yo siento!

—¿Por qué creía usted eso?

—Porque sé, porque he visto que hay madres capaces de abandonar, espontáneamente, al hijo de sus entrañas, haciendo al sér indefenso é inocente, la víctima de una falta que no tiene más que una responsable.

—¡Ay! exclamó doña Refugio con profunda amargura, pues yo he sido de esas madres, yo he sido capaz de cometer después de una falta, otra mayor para subsanarla, y obligada por mil gravísimas consideraciones sociales á dar tormento á mi corazón, he sabido disimular mis tormentos y hacer mi papel de mujer feliz en el gran mundo, cuando no merezco más que la desolación y el remordimiento como fruto de un amor tan desgraciado como culpable.

—Yo también he callado muchos años, pero la situación de usted ha hecho en mi ánimo una impresión tan profunda, que he sentido la necesidad de dar libre curso á mis ideas y de hablar, por fin, de lo que tanto tiempo

ha permanecido oculto en el fondo de la mas negra reserva.

Hubo una larga pausa en la que, á la perplejidad de Salomé, se agregaban sólo algunos sollozos íntimos de doña Refugio.

—De hoy en adelante, prorrumpió, arrosstraré con la indignación de los que han creído apreciarme por lo que valgo y tornaré á ser madre; recogeré á mi hijo, lo pondré á mi lado, y afrontaré con la humillación antes que continuar dando á mi corazón esta tortura muda y perenne, para la que se necesita tener un valor que he perdido completamente desde el momento en que he visto representado en usted el mas terrible cuadro de los dolores que he sabido disimular, y que hoy, rebosando en mi alma, me obligan á cambiar de conducta. Usted ha despertado en mí este deseo amortiguado y me ha hecho comprender que, efectivamente, una falta de la naturaleza de la nuestra, trae consigo la mas dolorosa y lenta de las expiaciones.

—Señora.... murmuró Salomé estrechan-



do entre las suyas una de las manos de doña Refugio.

—Sé que desde este momento, dijo ésta, me aprecia usted menos de lo que me apreciaba; he bajado en la estimación de usted, porque no son ya virtudes sinó faltas las que nos ponen en contacto.

—No pretenda usted rebajar el mérito que ha contraído usted á mis ojos; y la misma ingenuidad con que usted me revela sus secretos, correspondiendo á la confianza de una pobre mujer desgraciada como yo, es para mí un título de doble estimación y sobre todo de cariño; porque si la desgracia ha querido unirnos, ésta se hace menos cruel desde el momento en que, pobres desheredadas del placer, nos va á unir un vínculo triste, es cierto, pero no por eso menos íntimo y seguro.

—Es usted muy buena.

—¿Yo señora?

—Sí, y al devolverle á usted estas palabras que usted varias veces me ha dirigido, se las digo sintiéndolas brotar de mi corazón.

—La confesión de usted, señora, contestó Salomé, tiene un mérito de que carece la mía, porque la posición que usted guarda, ni la obligaba á hacerla, ni puede compararse con la de una mujer desgraciada como yo que tocando á las puertas de la miseria, vive como una triste paria entre las gentes.

—¡Ah! yo me siento indemnizada de mis padecimientos porque por primera vez confío mis penas á quien es capaz de comprenderme; siento un placer inmenso al contarle á usted mis amarguras.

—¿Es posible, señora?

—¿Señora? dígame usted amiga.

—Sí, somos amigas y lo seremos siempre.

—Y nos uniremos á nuestros hijos y seremos felices.

—El de usted.... ¿sabe usted dónde está?

—Sí.

—Es usted muy feliz; ¿y vá usted á unirse con él?

—Sí, y en esta resolución usted tiene una parte muy directa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES"  
1925 MONTERREY, N.M.

—¿Yo, por qué?

—Porque ha sabido usted despertar en mi corazón un sentimiento amortiguado á fuerza de disimulo y de falsedades; usted me ha revelado una verdad que me empeñaba en desconocer. ¡Si supiera usted los episodios de mi vida, que se ligan á la desgracia que nos ha unido!

—Va usted á contármelos ¿no es verdad, amiga mía?

—Sí, ¿usted lo quiere?

—Es la sanción de nuestra amistad.

—Bien, pues aún temiendo cansarla le hablaré.

—Vea usted, el centinela se ha dormido y.....

—Efectivamente, debe estar desvelado para dormir tan profundamente, interrumpió doña Refugio, y esto nos proporciona el placer de poder platicar, sentándonos á la orilla de ese arriate, en vez de seguir respirando la atmósfera de este cuarto inmundo, donde ya no se puede vivir.

Había en efecto á corta distancia de la

puerta del calabozo, un hermoso fresno, cuyo pié circundaba una banda circular.

Con suma precaución salieron las dos nuevas amigas del calabozo y se dirigieron al patio, para sentarse en el arriate, quedando á la vez veladas de la vista de los curiosos.

